

TRABAJOS ELEMENTALES SOBRE LA ESCUELA PRIMARIA

Por Anne Querrien

Estos materiales tiene un uso
exclusivamente didáctico

ÍNDICE

Historia de una investigación: del militantismo pedagógico a la experimentación social	7
Educación e imitación	19
Guerra contra la pobreza	21
Formación del ejército del trabajo	33
La articulación colectiva de los niños	45
¿Por qué ganaron los hermanos?	63
La normalización nacionalizada	81
Las miradas eficaces	105
Los hijos de familia	125
El cuerpo de la infancia	135
El cuerpo enseñante	143
Las vías de la innovación	153
Continuación de la investigación	165
Postfacio. Julia Varela	169
Elementos para una genealogía de la Escuela Primaria en España	171

LA ARTICULACIÓN COLECTIVA DE LOS NIÑOS

Para poder generalizar la instrucción era necesario un método, que permitiese enseñar a un número relativamente grande de niños con eficacia, utilizando los servicios de un solo maestro. Las formas tradicionales de educación, fundadas en la relación individual maestro-alumno, si bien favorecían la sumisión amorosa del último, y se manifestaron incluso bajo la forma de homosexualidad en la Grecia antigua, no permitían el acceso a la enseñanza más que de una minoría cuyo móvil principal era el deseo de parecerse lo más posible al maestro. A partir del momento en que se decide extender la instrucción a los pobres esta homosociabilidad no es ya posible, se establece necesariamente una distancia social, o mejor dicho es preciso mantenerla con el fin de no abrir el camino a un cuestionamiento peligroso del orden social. El maestro de los escolares pobres no tiene que amar a sus discípulos, tiene que dirigir una pequeña tropa cuyo reclutamiento se renueva constantemente con la entrada de los jóvenes en el trabajo, lo que implica el fin de la enseñanza.

Una disciplina militar

¿Cómo dirigir y enseñar a una tropa de alumnos? ¿Cómo gobernarlos? El modelo militar es el único que se conoce en un principio. En *L'école paroissiale ou la manière de bien instruire les enfants dans les petites écoles* (1654), Démia, fundador de las escuelas de caridad de Lyon, describe detalladamente el modo como el maestro ha de ejercer la justicia (principal función gubernativa de la época), el espacio en el que los niños estarán reunidos y en el que cada uno tendrá asignado un puesto, los pobres aparte a causa de las groserías y de los parásitos. Es de señalar que los primeros términos técnicos para describir el espacio pedagógico, eran idénticos a los utilizados en los tribunales: “El estrado de pequeños asientos con escolares bien ordenados” (ver Philippe Aries, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*). La sociedad escolar se organiza por medio de una distribución general de funciones a los niños: se eligen entre los mismos niños aquellos que, ya más disciplinados, harán observar a los otros la disciplina. Alineaciones, marchas por secciones deben contribuir a esta disciplinización, concretamente con ocasión de la asistencia de los niños a las procesiones. Los niños vuelven a sus casas formados por secciones conducidas por sus “oficiales”. Los “enroladores” se encargan de llevar a la escuela a los vagabundos y a los huérfanos. Los “veinteavos” y los “diezavos” son los conductores de los grupos de niños a sus barrios.

Démia insiste también en los *Reglements pour les écoles de la ville et diocese de Lyon*, publicados en André Olyer a cargo del servicio de las escuelas en 1688, sobre el valor del silencio, de los movimientos colectivos, de los procedimientos rítmicos. “El maestro no permitirá que ningún niño hable sin haber levantado la mano pidiendo permiso”. Todo el problema radica en romper el fundamento homosexual-homosocial de la educación con objeto de hacerle perder el carácter de proceso descante abierto y poder así limitar su contenido. Ninguna palabra debe circular entre los escolares, ni entre el maestro y los alumnos si no es estrictamente necesario. El espacio de la clase comienza a concebirse sustituyendo al máximo el sonido por el gesto: el gesto como medio de ordenar desplaza a la palabra como medio de comunicación.

Pero la enseñanza de la lectura y de la escritura sigue basándose en la imitación. El maestro llama a la mesa a uno de sus alumnos para que deletree, lea, recite las lecciones. El grupo de alumnos que puede ser controlado por el maestro se limita a 25 ó 30 aproximadamente, si quiere estar con cada uno de ellos unos pocos minutos al día. La única novedad consiste en los movimientos colectivos a la salida de la escuela dirigidos por los compañeros que tienen más méritos, y en la estricta organización del espacio escolar, que señala a cada uno su puesto. Educación a través de la sociedad escolar de la actitud que conviene adoptar en la organización social.

La ruptura de Juan Bautista de la Salle con el tipo de pedagogía frecuente en las escuelas de caridad del siglo XVII consiste en recuperar la homosexualidad-homosociabilidad característica de la enseñanza tradicional en la relación de un maestro y un grupo numeroso de alumnos, característica de la escuela de caridad. El maestro se convertirá en el modelo al que cada uno tratará de imitar bajo la mirada del vecino y en competencia con él. Se trata pues de hacer del maestro una especie de alumno mayor, es decir, de desplazar el problema de la organización colectiva al nivel de la formación de maestros, la formación de los alumnos se desarrollará lógicamente por homotesis.

Imitación y uniformidad

La regla del Instituto de los Hermanos de las escuelas cristianas se dirige primero al comportamiento de cada hermano, al comportamiento de los alumnos entre sí; la dirección de las escuelas es una cuestión secundaria. En vez de imponer directamente a los escolares los hábitos de disciplina monacal como hacía Dénia, Juan Bautista de la Salle se los impone a los Hermanos; es seguro que los escolares, llevados por la corriente de homosexualidad pedagógica, los imitarán. Juan Bautista de la Salle no es por supuesto tan explícito sobre los resortes profundos de la instrucción que funda.

Los Hermanos deben vivir en un espíritu de comunidad, hacer todo en común: los ejercicios religiosos, las comidas, los recreos, el trabajo, el sueño. Los Hermanos no tienen derecho a abrir una escuela si son menos de tres. Los locales deben estar concebidos de tal forma que cada uno pueda estar siempre vigilado, al menos por uno de los otros dos. Solamente está permitida la individualidad en la relación con el jefe jerárquico, ya que la delación sistemática tiene el rango de regla de gobierno.

Los Hermanos deben enseñar gratuitamente, rechazar cualquier regalo de sus alumnos, tener un comportamiento igual hacia todos, permanecer en silencio, no interesarse por ninguno en particular. Cuanto más reprimido esté su amor por los inferiores mayor será el grado de sumisión hacia sus superiores. Los Hermanos no leerán en la escuela ningún libro que no esté en relación con su clase. La disposición material de los espacios evitará toda posible flaqueza. No podrán hacer nada sin permiso. Cuando deseen viajar su ruta será minuciosamente establecida por el Hermano Director.

“Los Hermanos llevarán siempre la cabeza derecha, un poco inclinada hacia adelante; no la volverán hacia atrás ni de un lado al otro, y si la necesidad les obliga a hacerlo girarán al mismo tiempo todo el cuerpo despacio y con gravedad...” “Presentarán un rostro siempre alegre, los ojos bajos, la frente sin pliegues, la boca semicerrada, los brazos cruzados, no llevarán nunca los brazos colgando, ni las manos en los bolsillos, tendrán los pies casi juntos, no cruzarán ni separarán jamás las piernas.”

El director de cada comunidad deberá rendir cuentas al Hermano Director sobre todas sus salidas, sus beneficios y sus gastos, redactará un informe de todo lo que hacen los Hermanos de su comunidad, así como un registro de las entrevistas con los niños.

La “dirección de las escuelas cristianas” retorna algunos principios ya adoptados por Dénia: organización de los movimientos exteriores a la clase, basada en el modelo militar; los maestros no deben entrar en la clase antes de que los niños estén reunidos y ordenados bajo la vigilancia de sus oficiales responsables. Numerosas páginas tratan de la postura que maestros y alumnos deben adoptar en general y durante las lecciones, concretamente a la hora de leer y escribir.

Entre los “medios de establecer y mantener el orden en las escuelas” está la asiduidad de los escolares y su puntualidad, las cuales son objeto de un registro especial en función de su verificación, el reglamento de los días de vacación, y en contrapartida la práctica de las retenciones, las recompensas y los castigos, el establecimiento de varios oficiales, es decir, el apoyo de la estructura disciplinaria en el grupo mismo de niños, mediante el procedimiento de destacar en posición intermedia a los niños más conformes con la disciplina que se quiere imponer. En fin, Juan Bautista de la Salle insiste mucho en la *estructura, la calidad y la uniformidad de las escuelas y del mobiliario que les conviene, es decir, en el papel disciplinario de un espacio neutro que aniquile todo deseo*, que traduce la presencia de un poder lejano, no local, enmarcando así las actividades que pueden realizarse. Existen al menos *dos elementos sobre los que el escolar no debe poseer ningún poder: el tiempo y el espacio. ¿Qué te queda para poder manifestar el deseo si no es el fraude?*

Como en Dénia, *la regla está en el silencio*, “un silencio tan estricto que no se oye ningún ruido, ni siquiera el de los pies”. La palabra, los intercambios están reducidos al mínimo; el número de golpes dados por el maestro con su “señal”, es decir con su regleta de hierro, y la orientación misma de dicha señal, deben indicar al alumno lo que debe hacer. Si el alumno no responde a alguna de estas órdenes, el maestro le señala por medio de la regleta y después señala la máxima colgada en la pared, contra la cual ha cometido la falta. Los alumnos están pues forzados a seguir los movimientos de la señal para no ser castigados, deben tener siempre los ojos fijos en el maestro. El espacio de la clase está distribuido para facilitárselo. El espacio escolar se asemeja al de una misa permanente, la institución religiosa es la institución social de referencia para concebirlo.

El método simultáneo

Pero la principal innovación de Juan Bautista de la Salle es la división de los escolares en grupos del mismo nivel a los que enseña simultáneamente un solo maestro. En lugar de llamar uno por uno, el maestro

permanece en su tarima, y llama a una determinada sección para realizar la lectura. El maestro puede interrumpir a un escolar a media lectura y mandar a otro que la continúe, de este modo se asegura de que todos estén atentos. Si alguno no sabe continuar pregunta a otro; aquel que responde siempre cuando los demás no saben es el primero. La competición por el amor de un maestro distante juega más o menos siendo el principal resorte del progreso de los niños. *Este método simultáneo de lectura implica que cada niño tenga su libro y que todos los libros sean iguales*, lo cual acontece entonces por vez primera. En las escuelas parroquiales los niños traían cualquier libro que encontraban en su casa. Ahora “la escuela deberá estar organizada de tal forma que un mismo libro, un mismo maestro, una misma lección, una misma corrección sirvan para todos” (aviso enviado a las escuelas en 1680). Juan Bautista de la Salle emplea el futuro porque en su época todavía no era así: las divisiones creadas por él coexisten generalmente en el mismo espacio va que las escuelas siguen en todas partes concebidas siguiendo el principio: una escuela-un maestro. Los fondos no son suficientes para pagar un maestro para cada división.

Será él mismo quien abra *la posibilidad a una pluralidad de maestros* al imponer que los Hermanos no se instalen si son menos de tres, dos enseñantes y un hermano que se ocupe de la dirección de la comunidad. Establece nueve niveles distintos o clases, dividido cada uno en cuatro categorías: principiantes, mediocres, avanzados y perfectos. El paso de una categoría a otra se hace todos los meses siguiendo un catálogo en el que están registrados los progresos realizados por cada uno.

Comunidad de maestros, carácter colectivo del aprendizaje de los niños, gracias a la uniformidad de los libros, de los espacios y de las actitudes físicas: la innovación es de calla y el éxito también. En 1750 todas las grandes ciudades tienen una escuela de los Hermanos, las reglas elaboradas por Juan Bautista de la Salle aparecieron en 1680. La innovación se ha extendido con bastante rapidez.

Las limitaciones de la institución provienen de su carácter religioso, y la gran cuestión de la Restauración y de la Monarquía de Julio, para todos los que se interesan por la educación como instrumento de sumisión, será el saber cómo recuperar la innovación de Juan Bautista de la Salle dándole un carácter laico. La educación nacional no puede estar asegurada por un grupo cuyos estatutos dicen “Los Hermanos verán siempre a Dios en la persona de su director”. Los Hermanos deben ser capaces de ver en su lugar al que detenta el poder de Estado, o mejor, al representante del poder de Estado, cuya persona concreta importa poco.

¿Cómo llegar a producir en los Hermanos un amor no personalizado hacia el representante del poder, un amor que no necesite la creencia en un ser supremo? Los primeros dirigentes de la educación nacional tenían una gran admiración por Juan Bautista de la Salle: “Buen padre que supo hasta este punto doblegar la voluntad rebelde del hombre, inmolar sin cesar el individuo a los intereses del grupo (se entiende social naturalmente) y encontrar encantos en la dependencia eterna”. Es bueno que un gobierno conozca cómo funciona esto, “por qué vías y hacia qué fines dirigen estos vigorosos remeros” (Ambroise Rendu, *Essai sur l'instruction publique et particulièrement sur l'instruction primaire*, 1819).

Remeros tan vigorosos que terminarán imponiéndose a sus competidores al menos por lo que se refiere al método que se adoptará al final de la Monarquía de Julio, y sobre todo al comienzo del Segundo Imperio, pues los maestros progresistas representantes del método mutuo, que ocupaban las primeras filas en la lucha por la democracia al comienzo de la Segunda República, fueron salvajemente reprimidos. Igual sucedió, y de forma definitiva, después de la Comuna.

Es de señalar que el método simultáneo resulta atrayente sobre todo si se lo compara con el individual, omnipresente anteriormente. En seis horas de clase dadas a cuarenta niños el método individual permite a cada niño leer durante cuatro minutos y medio, hacer cálculo durante un minuto y medio y escribir durante tres minutos bajo la mirada del maestro. Es evidente que esto no se tiene en pie, y que para la mayor parte de los niños la escuela dirigida según el método individual es una guardería donde solamente aquellos que quieran realmente aprender a leer y a escribir llegan a abrirse paso hasta el maestro.

Con el método simultáneo se gana mucho tiempo, y según la ética del capitalismo el tiempo es oro. Si hay setenta y cinco niños, divididos en cinco secciones de quince niños cada una, cualquier niño puede beneficiarse, mediante el método simultáneo, de dieciocho minutos de lectura, ya que mientras que uno de sus compañeros lee en alta voz, él debe seguir la lectura en voz baja preparado por si el maestro le pide que continúe. Cada niño se beneficia igualmente de doce minutos de escritura vigilado por el maestro y de seis minutos de cálculo. Además debe escribir él solo bajo el control del primero de su sección durante el tiempo que el maestro se dedica a las otras secciones. Señalemos que las cinco divisiones de Juan Bautista de la Salle todavía perduran hoy en los cinco niveles existentes en la escuela elemental francesa.

El futuro del método simultáneo está pues en la multiplicación de los maestros, lo que permitirá disponer de más tiempo para cada disciplina escolar y añadir incluso otras disciplinas en cada sección. Esperando que esto sea posible, ofrece en relación al método tradicional la ventaja de tener a los niños

ocupados escribiendo cuando el maestro no puede vigilarlos estrechamente. De todas formas siempre puede desviar su mirada de la sección que está leyendo para verificar si los otros están realmente escribiendo. “Se debe escribir continuamente sin perder el tiempo” es una de las máximas colgadas en la pared, y contra las cuales está prohibido atentar. Una de las innovaciones importantes de la escuela de los Hermanos es esta *presencia de la escritura como medio disciplinario, como instrumento de ocupación de los niños durante todo el tiempo que el maestro no se ocupa directamente de ellos, ni están aprisionados en la relación pedagógica, relación de amor-odio hacia el maestro*. En otro tiempo la escritura la enseñaba el maestro-escritor, la lectura la escuela parroquial, y no eran intercambiables; lectura y escritura estaban la una y la otra constantemente atravesadas por la relación pedagógica.

El método mutuo

La enseñanza simultánea presenta un primer grado inapreciable de simplicidad. La lección se explica a varios a la vez, a tantos como puede llegar de una forma directa, varios ejecutan el mismo plan al mismo tiempo. A la ventaja de la emulación se une la de una feliz armonía, una especie de disciplina natural formada por el conjunto organizado de un cierto número de individuos; la imitación, esa ley singular de la naturaleza humana, se aprovecha así felizmente. Algunas veces, para que este sistema logre realmente su propósito será necesario que todos los alumnos posean fuerzas iguales y puedan seguir los mismos pasos en todo momento. Otras será necesario que el más instruido, el más capaz, se ponga en cabeza quedando una cola de atrasados, incapaces de seguirle, que harán como si aprendiesen pero que no alcanzarán más que una pseudoinstrucción, peor quizás que la ignorancia. En este sistema *si se quiere multiplicar los rangos en los que se alinean los alumnos es necesario multiplicar los maestros* o condenar al maestro a que se ocupe sucesivamente de cada orden.

“*La enseñanza mutua* posee todas las características de la enseñanza simultánea a la que se añade un nuevo grado de simplicidad y de energía. Hace desaparecer, en primer lugar, la alternativa que atormentaba a la enseñanza simultánea librándola del rigor de las clasificaciones demasiado generales y rígidas. *Se presta a numerosas divisiones y subdivisiones de un mismo grupo bajo la vigilancia del mismo maestro*. Se evitan pues los alineamientos forzados en la misma clase, así como escuelas distintas en la división de las clases. Cada alumno está siempre en su verdadero puesto, las clases se suceden, se dan la mano unas a otras, no están separadas. Todavía más, en cada clase o subdivisión el alumno está situado en el nivel para el que se muestra capacitado en ese momento. De esta manera la única ventaja de la enseñanza individual se conserva y se reproduce íntegramente en el interior de una masa considerable. Cada uno está activo, más activo incluso que si estuviera solo. Se corrige con el ejemplo de los otros y corrige a sus compañeros con el suyo, está incesantemente impulsado por la acción y por la revisión. *El resorte principal es siempre el mismo pero en lugar de imprimir un movimiento uniforme a alumnos distintos, varía de impulso, adopta tantas formas como variedades reales existen en los elementos, y con la ayuda de resortes secundarios abarca con menor esfuerzo una esfera más amplia. Los resortes son los mismos alumnos, distribuidos gradualmente en todos los puntos en los que la instrucción debe actuar*. Al dirigir, los alumnos se dan cuenta por sí mismos de lo que han aprendido, es decir, ejecutan realmente la actividad necesaria para aprender bien. Por turnos, alumnos y repetidores no hacen sino transmitir lo que han recibido, indicar lo que ellos han realizado con éxito. La parte más difícil, la más delicada, la más ignorada de la función del maestro, es decir, la buena dirección de las facultades se realiza, en gran medida, a través de esta actividad siempre regular, progresiva que mantiene la atención de los niños; la emulación, la simpatía imitativa se acrecientan mediante una *clasificación más verdadera que aproxima mejor las analogías y gradúa mejor la escala que hay que recorrer*. Los hábitos de orden y de disciplina se enraizan más profundamente porque *a la ventaja de formar cuadros sumisos a leyes generales se añade la de extender las mismas leyes, la misma movilidad, y sobre todo la ventaja de mantener, prolongar y recorrer distintos rangos, de forma que el alumno ocupe el verdadero, el que él siente haber merecido*.” (Artículo aparecido en el *Moniteur* del 13 de enero 1818 firmado por el ministro del Interior.)

Una invención tecnológica

“Uno de los eclesiásticos de Grenoble compara el método mutuo a la lanzadera volante que ha sustituido a la ordinaria en las villas” (Bulletin de la Société pour l’Amélioration de l’instruction élémentaire, *Journal d’éducation*, Tomo IV, 1817, p. 22). Cien escuelas serán creadas en un año, las cuales enseñan a doce mil alumnos mientras que los Hermanos de las escuelas cristianas, que han sido restablecidos por el emperador en 1803, no han llegado a reabrir más que sesenta en 1816. El método mutuo es aplicable en

cualquier parte, sea cual sea el número de niños reunidos bajo el mismo maestro, el método de los Hermanos no lo es. Las reglas de la orden mandan que los Hermanos se desplacen siempre dos o tres juntos, lo que hace elevada la suma necesaria para el mantenimiento de su pequeña comunidad, teniendo en cuenta el presupuesto de un ayuntamiento rural. Además el número de alumnos a los que puede enseñar un solo maestro es limitado.

“Un niño, que forma parte de una clase de una centena de escolares, con el método mutuo lee tanto como si el maestro estuviese a su cuidado únicamente, y deletrea además sesenta u ochenta palabras de cuatro sílabas en menos de dos horas, mientras que con el método individual 19 escolares sobre 20 permanecen ociosos, y 60 de 75 con el método de los Hermanos. Pese a que el método de los Hermanos y el mutuo comparten la gran innovación consistente en obligar a los niños a escribir todo el tiempo que no están leyendo.” (Indicaciones obtenidas de la obra de Lancaster, traducida al francés en 1815 por el duque de La Rochefoucault Liancourt, que fue uno de los fundadores de la Sociedad para la Mejora de la Instrucción Elemental.)

El método mutuo es para sus propagadores el método pedagógico de la era industrial: “La movilidad que hay en todos estos pequeños grupos, el ruido de todas estas pequeñas voces, se asemeja bastante al ruido de las máquinas en las filaturas de algodón. La institución es en efecto una especie de mecánica aplicada, a las facultades intelectuales y que resume igualmente todas las operaciones” (*Journal de la Société pour l'Amélioration de l'instruction élémentaire*, tomo I, p.13, 1816).

Es precisamente este carácter mecánico lo que va a ser resaltado por sus detractores. No se pueden aplicar al hombre los procedimientos de perfeccionamiento reservados a la materia. Es preciso parar inmediatamente esta emergencia del deseo que queda al descubierto en el texto antes citado, que compara la escuela a una filatura de algodón: no se sabe a dónde esto puede llevarnos, dicen. Inconscientemente se sabía muy bien: la escuela mutua fue el vivero de la primera generación de obreros revolucionarios. “Entre los líderes de la Primera Internacional están muchos antiguos alumnos de la escuela mutua. Me he preguntado algunas veces si la costumbre de enseñar adquirida en la escuela por muchos niños de mi generación, no habría producido este vivero de obreros que preparan en asociaciones y en reuniones públicas la caída del imperio” (Philemon, veterano de la Comuna, contando sus memorias a Lucien Descaves, citado por Georges Duveau: *Les Instituteurs*, colección *Le temps qui court*. Ed. du Seuil) –Proudhon había estado en la escuela mutua. Muchos anarquistas de la Federación del Jura también.

Una enseñanza de masas

La escuela mutua abría la posibilidad de una verdadera enseñanza de masas cuyos límites estaban trazados, en lo que se refiere al contenido de libros de lectura enviados a las escuelas, por la Sociedad para la Mejora de la Instrucción Elemental, muy preocupada por controlar las lecturas de las masas populares. Dichos límites se rompían por la fuerza del mecanismo deseante que se establecía entre los niños: el aprendizaje mutuo no tenía por qué estar limitado al espacio de la clase. Además, si los mecanismos de la lectura y de la escritura se adquirían en textos de contenido moral y religioso, esta dimensión disciplinaria de la ideología era tan secundaria respecto al mecanismo físico, a los movimientos colectivos que se desarrollaban en la clase y en los que realmente se basaba el aprendizaje, que aparecía como una pieza totalmente añadida.

La enseñanza mutua permitía aprender, en dieciocho meses, lo que la escuela de los Hermanos enseñaba en cuatro o cinco años, ya que los Hermanos arrojaban la adquisición de la lectura, de la escritura y del cálculo, “las adquisiciones escolares” de todo un arsenal de elementos moralizadores, situando en primer lugar la instrucción religiosa.

La enseñanza mutua creaba una especie de fenómeno deseante colectivo mediante la articulación de todos los niños entre sí, una suerte de gran flujo dirigido por el deseo de aprender. Una de las ideas básicas de la enseñanza mutua era, en efecto, “hacer de los niños los misioneros de la moral y de la verdad”, lo que hasta entonces habían sido los viejos. Se introducía así una verdadera ruptura en el ritmo del desarrollo social, apareciendo la posibilidad de un distanciamiento. “Los niños deben ser la continuación de sus padres en vez de ser su repetición monótona y estéril” (*Journal de la Société pour l'Amélioration de l'Instruction élémentaire*, tomo I, 1816).

“Los alumnos de la enseñanza mutua dejan la escuela con pena. La instrucción es un entretenimiento, un juego que contiene todos los resortes del ser en movimiento. Se mueven todos juntos como una masa, cuyos movimientos individuales no estorban el movimiento general, sino que por el contrario los hacen moverse uniformemente y sin fatiga” (Eugene Goblet, *cursos completos de enseñanza*

mutua, citado por M. Fosseyeux, *Les Ecoles de charité a Paris sous l'Ancien Régime et dans la premiere partie du XIX, siecle*, Paris 1912).

“Los alumnos hacen progresos muy sensibles y, tanto más rápidos, cuanto este tipo de estudios se presenta constantemente bajo la forma de entretenimiento y de ejercicios variados que divierten al niño instruyéndolo” (Informe del gobernador del Eure, 1819).

La escuela mutua sigue siendo pese a todo un instrumento de sometimiento; sus promotores, industriales y funcionarios, buscan solamente el lograr los mismos resultados que los obtenidos por la escuela de los Hermanos y las antiguas escuelas de caridad, de forma más rápida y con menor gasto: la aplicación al trabajo, la sumisión a los jefes, y la disciplinarización bajo los auspicios del trabajo obligatorio. La escuela de los Hermanos fijó los objetivos de la escuela, las variaciones autorizadas se refieren solamente a cómo conseguirlos, y las riquezas potenciales de la escuela mutua son deliberadamente ignoradas por sus promotores. Cuando comienzan a descubrirlas son los primeros en reintroducir por fuerza el método de los Hermanos, método que corresponde a los objetivos escolares: silencio, trabajo, disciplina, competición.

“Las escuelas de enseñanza mutua, gracias al método que utilizan, obtienen los mismos resultados que las escuelas de los Hermanos con mucha mayor rapidez y economía; con una circunstancia particular que consiste *en someter a los niños a una regularidad, a una serie de movimientos que hacen de una multitud un solo individuo*, obediente a una misma voluntad. De este modo se resuelve el problema de la actividad, cuya naturaleza responde a una necesidad de la juventud, enfocándola hacia la atención que requiere el estudio. Esta atención, llevada a su mayor grado, está sin cesar sostenida por la obligación en que se encuentra cada alumno de tener que responder en cada momento a lo que se le ordena... Con la ayuda de este sistema el individuo y la masa se encuentran igualmente sometidos, la sumisión individual y general adquiere el carácter de disciplina y resulta “físicamente imposible al alumno más inclinado a la pereza y a la negligencia, el apartarse un segundo del estudio y de la obediencia.” (Discurso del gobernador del Mans con ocasión de la apertura de la escuela mutua en enero de 1818, citado por A. Rendu, *Essai sur l'instruction publique et particulièrement sur l'instruction primaire*.)

Obedecer y mandar: una disciplina colectiva

Los promotores del método mutuo no cesan de recordar que este método enseña a obedecer sin esfuerzo al jefe, al padre, al magistrado y al juez proporcionando el hábito de la sumisión al saludable yugo de las leyes (ver *Bulletin de la Société pour l'Amélioration de l'Instruction élémentaire*, tomo VIII, 1819). Pero el tipo de disciplina aquí existente no tiene nada que ver con el de la escuela de los Hermanos: la disciplina se ejerce en todos los puntos de la pequeña tropa con el fin de aprender. El método mutuo organiza la sumisión al orden colectivo, a la ley, no a la autoridad personal del maestro detrás del que se encuentra Dios.

En Lancaster, inventor del método mutuo, existe todavía una duda entre la fuerza de la disciplina interna del aprendizaje tal como se realiza con su método, y los medios externos de coacción: los castigos físicos. Su escuela tiene un artefacto en el que se cuelga al delincuente y un yugo colectivo bajo el que son pasados los delincuentes. Se trata de puniciones correctivas. El niño, que es castigado por el maestro imponiéndole una argolla al cuello, está obligado por fuerza a mantener la cabeza derecha ya que si la vuelve se hace daño. Abundan también las puniciones morales, la presentación del delincuente como objeto de burla colectiva. Existen orejas de burro y rótulos en la espalda sobre los que se escribe la falta que los otros alumnos corearán hasta cansarse. Este rótulo es además colocado por uno de sus compañeros, el monitor de castigos.

El maestro asienta su autoridad sobre el funcionamiento del grupo y la naturaleza de la institución en lugar de basarla en su propia persona como sucedía en las escuelas tradicionales. “Todo este sistema de orden se basa en la facilidad con que la autoridad puede ser transferida de un escolar a otro”. La autoridad recorre todo el cuerpo de la clase; todos la poseen y todos la ejercen, es el mejor modo de someter a los rebeldes; “los escolares que tienen el espíritu vivo y un carácter activo son ordinariamente los transgresores más frecuentes del buen orden, y los más difíciles de someter a la razón; el mejor modo de corregirlos es hacerlos monitores”. “Menos se escucha la voz del maestro más es obedecido. El maestro debe limitarse a organizar, vigilar, inspeccionar. Es el sistema el que hace obedecer, no el maestro. La orden es la orden, y en ausencia del maestro los escolares obedecen al sistema” (Extracto de la traducción del método de Lancaster hecha por el duque de La Rochefoucault-Liancourt, 1815).

Pero la publicación sobre educación (*Journal*) de la Sociedad para la Mejora de la Instrucción Elemental señala lo que aparecerá como defecto de este sistema de orden, de disciplina colectiva y de autoridad delegada. En la polémica con los defensores de la escuela de los Hermanos se afirma: “En este tipo

de institución existe una jerarquía perfecta...., existe una legislación fija y un encadenamiento admirable de los poderes que podrían ser deseados por la sociedad mejor organizada” puesto que lo que aquí es esencial es “esta diferencia: el que manda en un momento determinado obedece en otro” (p. 113, tomo II, 1816, del *Journal d'éducation*).

Solamente desde una perspectiva distante se puede ver jerarquizada esta institución. La jerarquía es diferente según la materia, según el momento del día. Y si los promotores de la escuela mutua repiten como una muletilla: “cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa” y exigen que esta máxima se coloque en el frontal de la mesa del profesor en cada clase, es porque presienten confusamente que “el orden riguroso, una de las leyes de estas instituciones” es realmente un orden provisional.

En relación a las cosas fijas: las mesas, los bancos, los encerados, los mapas, los cartones de lectura colocados en las paredes, etc., los puestos de los niños cambian constantemente, a diferencia de lo que sucede en las escuelas de los Hermanos en las que la situación espacial de los niños es la misma durante un semestre y esto por un plazo de cuatro a cinco años.

El orden establecido en este tipo de enseñanza es un orden abstracto, materializado ciertamente en el mobiliario escolar pero que hace de todos los niños iguales y que funda la autoridad del que hace provisionalmente de monitor en el consentimiento colectivo. Una cierta contradicción interna corroe al método mutuo: contrariamente a lo que afirma el *Journal d'éducation*, la obediencia de los niños a sus iguales, a los jefes salidos de entre ellos mismos no es pasiva sino que está atravesada por el deseo de ocupar su puesto.

La escuela mutua es un “aprendizaje del mando a través de la obediencia”. “La enseñanza mutua en Inglaterra, como medio de disciplina moral, ha conservado todo su valor. Y del mismo modo, que el senior en las instituciones de segunda enseñanza, el monitor, con sus características específicas, representa en las escuelas primarias la jurisdicción del igual sobre el igual, la autoridad de una ley consentida, aceptada; el conjunto de ejercicios que dirige este jefe constitucional no son sino el aprendizaje del mando a través de la obediencia” (E. Rendu: *De l'instruction primaire à Londres dans ses rapports avec l'Etat social*).

La vía de desmantelamiento de la institución está clara: perennización de la función del monitor con la creación del personaje del buen alumno, o del alumno más adelantado, generalmente el de más edad, que ayudará a aprender a sus compañeros más pequeños. El método mixto, recuperación del método mutuo, en el marco del método de los Hermanos destacará especialmente esta práctica: cursos particulares para los monitores antes de la entrada de todos en la clase. La máquina abstracta del método mutuo se rompe, el flujo de los alumnos en niveles tan variados como materias enseñadas, se corta en clases de edad sometidas a la dirección de algunos subjefes: la jerarquía se instaura efectivamente.

Esta jerarquía que utiliza en un principio dos elementos, la edad y el mérito, “verdaderos títulos en el mundo de la autoridad” (*Journal d'éducation*, tomo I), tenderá cada vez más a establecerse según el criterio de la edad solamente, jerarquía biológica, la menos contestable, que no precisa de ningún consentimiento colectivo. Se asiste poco a poco a una reducción muy clara de las diferencias de edad entre los alumnos que integran la misma clase, del mismo modo que a la desaparición del criterio del mérito como criterio de acceso a la función de monitor. En el método mixto los monitores son los alumnos de más edad. Ya no existe una fluidez en la lucha por el saber que deja así de existir.

El modelo militar

La reciente experiencia colectiva de los ejércitos revolucionarios sirve de referencia a la puesta en marcha de la escuela mutua. La introducción del método mutuo en Francia tiene lugar además durante los Cien Días: Napoleón ve en él un medio infalible para preparar buenos soldados desde la más tierna edad.

Es curioso constatar que las innovaciones pedagógicas de espíritu colectivista se hacen generalmente en períodos turbulentos y van acompañadas prácticamente todas de una militarización o cuando menos de un militante de los niños. Makarenko en Rusia, la China actualmente, Deligny en Francia bajo la ocupación y en la Liberación.

Según confiesa su propio fundador el método mutuo consiste en introducir en la escuela la disciplina y la puntualidad militares. “Lo que existe de bueno en la disciplina militar, el orden, la uniformidad, la regularidad, son aquí las bases fundamentales” (*Journal d'éducation*, tomo I, 1816). “Es preciso ver en él especialmente la fecundidad de esta subdivisión del trabajo, y de esta subordinación graduada de unos individuos a otros... Es así como se mueven todas las multitudes, como un solo hombre dirige un gran ejército y hace que todos los individuos se muevan con precisión hacia el objetivo común” (Informe sobre la instrucción primaria y especialmente sobre la escuela establecida en el colegio de Lisieux, calle Saint Jean de

Beauvais (primera escuela mutua en Francia) por el abate Fraissinous, por F. Cuvier y G. Cuvier, el 7 de noviembre de 1815).

Será además en el ejército donde la enseñanza mutua encuentre inmediatamente la posibilidad de su generalización: una circular del Ministerio de la Guerra del 21 de octubre de 1818 pide que de todas las divisiones y de todos los cuerpos de guardia, se envíe un oficial y un suboficial para seguir un curso normal de enseñanza mutua y poder así abrir luego un curso mutuo en su regimiento.

Pero el modelo de la enseñanza mutua es el ejército en movimiento, en batalla. La escuela-cuartel es la guerra de las trincheras de los Hermanos, el mantenimiento de los soldados en reposo, en paz.

Los resultados de esta escuela-preparación militar serán apreciados en el momento de reclutamiento. A partir de 1828 se examina sistemáticamente en el consejo de revisión, si los reclutas están alfabetizados. En 1828 el 66 por 100 de los resultados en las provincias del nordeste de Francia saben leer y escribir y solamente el 33 por 100 de los del sudoeste, lo que da una media nacional del 43 por 100. Esta media alcanza el 62 por 100 en 1852, existiendo disparidades regionales todavía más fuertes.

“Hay que considerar la enseñanza elemental en función del suboficial y del soldado que regresan a la sociedad... El espíritu de regularidad de puntualidad, de orden se ha convertido en hábito del que antes era soldado... Sabe respetar a un superior y hacerse respetar cuando se le confía la superioridad” (Discurso sobre los progresos de la instrucción elemental en Francia, pronunciado en la Sorbona el 27 de julio de 1856 por el barón Charles Dupin).

De la escuela cuartel a la escuela del trabajo

La guerra no es el estado habitual de las sociedades. A la escuela mutua se le reprochan sus movimientos militares, sencillamente, se le reprochan sus movimientos: la inmovilidad mortal de la escuela de los Hermanos va a instalarse poco a poco en los talleres cuya disciplina hace referencia a la escuela del tiempo de paz. La escuela no está dirigida a movilizar a los niños, ni siquiera hacia el trabajo. La inquietud sobre los posibles efectos de la escuela mutua es de hecho inmediata, incluida la de sus promotores. Se manifiestan una serie de recelos: “Terminaremos esta última parte recordando al maestro que él dirige una escuela de niños, la mayor parte de los cuales están destinados a dedicarse a oficios o a profesiones manuales. No debe, pues, limitarse a enseñar a sus alumnos la lectura, la escritura y el cálculo, sino que debe sobre todo inculcarles el hábito de la regularidad en todas sus actividades, repitiéndoles con frecuencia este gran principio: *haced lo que estáis haciendo*” (Journal d'éducation, tomo II, 1816). La inquietud se hace demasiado fuerte: es necesario que el maestro salga de su silencio y haga oír sus máximas morales.

La sucesión de manuales, consejos, publicaciones, cuestionarios de la Sociedad para la Mejora de la Instrucción Elemental que llueven sobre los maestros tiene por finalidad, en general, limitar sus ambiciones, determinar estrechamente el contenido autorizado y preparar el camino a la cercana inspección que hace su aparición con la Monarquía de julio: uniformando los cartones de lectura y las muestras de escritura se favorece el control.

No se trata tanto de organizar un ejército en marcha conjunta hacia el saber o hacia la victoria, se trata de organizar talleres de producción con obreros dóciles. Los manuales escritos en Francia para las escuelas mutuas insisten especialmente en los movimientos que hay que imponer a los niños, en su regularidad, en su uniformidad, en su disciplina, a diferencia del texto original que insiste en la naturaleza institucional, colectiva de la autoridad, en su delegación continua y en la disciplina colectiva.

La escuela doméstica, la escuela del trabajo, ha sido fundada por los Hermanos; en ella la autoridad no circula, está siempre en la misma persona y en delegados fijos. No se trata de enseñar a los niños a mandar por medio de la obediencia como en los ejércitos revolucionarios, donde las primeras líneas diezmadas por la batalla deben ser constantemente repuestas, incluidos los mandos. Se trata de “disponer a los niños para que sean capaces de lograr salir un día de la miseria inculcándoles el amor al trabajo, el espíritu de orden, de economía y de previsión” (Circular real (1823) por la que se entrega a los Hermanos la dirección de las escuelas de caridad).

Una especie de capa de plomo cae sobre la escuela: una inmovilización general. La articulación colectiva de los niños pierde todo interés cuando se trata exclusivamente de conformar cada uno a las normas corporales e intelectuales exigidas por el buen obrero, producto del certificado de estudios primarios, y de medir las adquisiciones de unos y de otros en función de esta adecuación. Cada niño pasa individualmente por la máquina escolar, los fenómenos colectivos que en ella se desarrollan no pueden ser sino fraude, tumulto o ilegalidad. El trabajador libre o forzado es un trabajador con orejeras, los ojos fijos siempre en el maestro, sin miradas laterales hacia sus compañeros. *La escuela se convierte en la máquina de asfixiar el deseo de aprender. La reversibilidad es de hecho una de las características del aprendizaje: aprender a y de,*

en un movimiento colectivo. No se aprende en una colectividad convertida en cadena, inercia, yugo individual.